



Familia

raza y nación

en tiempos de posfascismo

Fundación de los Comunes (ed.)

traficantes de sueños

útiles

traficantes de sueños

Traficantes de Sueños no es una casa editorial, ni siquiera una editorial independiente que contempla la publicación de una colección variable de textos críticos. Es, por el contrario, un proyecto, en el sentido estricto de «apuesta», que se dirige a cartografiar las líneas constituyentes de otras formas de vida. La construcción teórica y práctica de la caja de herramientas que, con palabras propias, puede componer el ciclo de luchas de las próximas décadas.

Sin complacencias con la arcaica sacralidad del libro, sin concesiones con el narcisismo literario, sin lealtad alguna a los usurpadores del saber, TdS adopta sin ambages la libertad de acceso al conocimiento. Queda, por tanto, permitida y abierta la reproducción total o parcial de los textos publicados, en cualquier formato imaginable, salvo por explícita voluntad del autor o de la autora y sólo en el caso de las ediciones con ánimo de lucro.

Omnia sunt communia!

útiles

Útiles es un tren en marcha que anima la discusión en el seno de los movimientos sociales. Alienta la creación de nuevos terrenos de conflicto en el trabajo precario y en el trabajo de los migrantes, estimula la autorreflexión de los grupos feministas, de las asociaciones locales y de los proyectos de comunicación social, incita a la apertura de nuevos campos de batalla en una frontera digital todavía abierta.

Útiles recoge materiales de encuesta y de investigación. Se propone como un proyecto editorial autoproducido por los movimientos sociales. Trata de poner a disposición del «común» saberes y conocimientos generados en el centro de las dinámicas de explotación y dominio y desde las prácticas de autoorganización. Conocimientos que quieren ser las herramientas de futuras prácticas de libertad.

© del texto, sus autoras y autores, 2020.
© de la edición, Traficantes de Sueños, 2020.



Licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial 4.0 España

Usted es libre de:

*Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato

*Adaptar — remezclar, transformar y crear a partir del material

El licenciador no puede revocar estas libertades mientras cumpla con los términos de la licencia.

Bajo las condiciones siguientes:

*Reconocimiento — Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.

*NoComercial — No puede utilizar el material para una finalidad comercial.

No hay restricciones adicionales — No puede aplicar términos legales o medidas tecnológicas que legalmente restrinjan realizar aquello que la licencia permite.

No tiene que cumplir con la licencia para aquellos elementos del material en el dominio público o cuando su utilización esté permitida por la aplicación de una excepción o un límite.

No se dan garantías. La licencia puede no ofrecer todos los permisos necesarios para la utilización prevista. Por ejemplo, otros derechos como los de publicidad, privacidad, o los derechos morales pueden limitar el uso del material.

1ª edición: 1000 ejemplares.

Mayo de 2020

Título:

Familia, raza y nación en tiempos de posfascismo

Autoría:

Fundación de los Comunes (ed.)

Maquetación y diseño de cubierta:

Traficantes de Sueños.

taller@traficantes.net

Edición:

Traficantes de Sueños

C/ Duque de Alba 13, 28012 Madrid.

Tlf: 915320928

e-mail:editorial@traficantes.net

Impresión:

Cofás artes gráficas

ISBN: 978-84-121259-4-8

Depósito legal: M-7126-2020

**Familia, raza y nación
en tiempos de
posfascismo**

Fundación de los Comunes (ed.)

traficantes de sueños

útiles

Índice

| | |
|--|-----|
| Los claroscuros de la crisis permanente y el desfile de los monstruos. A modo de introducción. <i>Isidro López Hernández</i> | 13 |
| 1. Fascismo: ¿nuevo, viejo u otra cosa? <i>Emmanuel Rodríguez López</i> | 41 |
| 2. ¿Un fascismo obrero y anticapitalista? <i>Brais Fernández</i> | 55 |
| 3. Objetivo Europa. La nueva estrategia de la extrema derecha 2.0 <i>Steven Forti</i> | 65 |
| 4. Migración y derechas radicales en Europa <i>Samuel Pulido</i> | 79 |
| 5. Instrumentalización de la defensa de los derechos de las mujeres y racialización del sexismo <i>Marisa Pérez Colina</i> | 99 |
| 6. Defender a la familia contra migrantes y mujeres: convergencias entre antifeminismo y soberanismo <i>Nuria Alabao</i> | 111 |
| 7. «Ideología de género» y estrategias políticas de clase en el auge de los fascismos. El caso de EEUU <i>María Fernanda Rodríguez López</i> | 127 |
| 8. Crisis del empleo y derechización social: hacia una crítica antifascista del trabajo <i>Álvaro Briaies</i> | 147 |
| 9. Vox y el dilema de las derechas <i>Pablo Carmona Pascual</i> | 161 |
| Sobre l*s autor*s | 187 |

Los claroscuros de la crisis permanente y el desfile de los monstruos

A modo de introducción

Isidro López Hernández

DE UN TIEMPO A ESTA PARTE se ha generalizado en la *medioesfera* occidental el tema del «regreso de los fascismos», hasta el punto de convertirse quizá en el principal tema político actual a nivel global. En esta forma convencional hay dos elementos centrales que alimentan la gigantesca cantidad de artículos, reportajes o libros colectivos e individuales que se centran en esta cuestión. Por un lado, el paralelismo más o menos forzado entre las expresiones políticas del pasado y las actuales. Por otro, y de forma necesariamente relacionada, la comparación entre la coyuntura del periodo de entreguerras europeo y el paisaje global —y muy especialmente europeo— tras la crisis de 2008.

«Fascismo» y «fascista» son dos de esos términos políticos, como «democracia» o «libertades», que en sus usos populares presentan tal saturación conceptual que pueden significar todo y nada. En la cultura popular de la era de Internet es famosa la Ley de Godwin establecida por los primeros que usaron los chats, entonces emergentes. Esta ley determina que a medida que se alarga una discusión en la red la probabilidad de que aparezca una comparación con los nazis o con Hitler tiende a cien. El que aparezca tal comparación supone que la discusión está agotada y, en términos competitivos, quien la usa pierde el debate. Evidentemente el objetivo de esta ley informal era evitar utilizar el fascismo, en concreto el nazismo, como figura trivializada y polifuncional del mal por excelencia, no impedir que se hablara sobre los fascismos. El argumento típico que quería señalar la ley era: 1) te gustan los perros; 2) a Hitler también le gustaban los perros; 3) eres un nazi y has perdido este debate por ello.

Como país que tuvo su ración de nacional-catolicismo, España tiene su propio folk cultural relativo a esta cuestión. El término «facha» se ha convertido en una pieza más de la ideología de acompañamiento del ordenamiento del régimen del 78. En concreto, «facha» es todo aquello que no es «progre», siendo lo progre todavía la figura central culturalmente hegemónica en el modelo político español. Esto quiere decir que, en situaciones de estabilidad política, ambos términos —lo progre y lo facha—, agotan e incluyen el campo de las diferencias políticas «legítimas» sobre el que se encabalgan y se reproducen desde los programas de los partidos políticos, hasta las conversaciones de bar, pasando por todo el espectro de la comunicación política.

En determinados momentos de la ola política que comenzó en 2011, esta división del mundo en «progres» y «fachas», que pone en bandeja una versión ritualizada y protocolaria del conflicto político genuino, se resquebrajó. Se resquebrajó temporalmente por la izquierda, o mejor dicho «por abajo», en todo lo que tenía que ver con un 15M que solo fue posible a costa de la muerte temporal del PSOE, entendido este como forma político-institucional dominante de todo un espectro social más o menos izquierdista. Pero esta no ha sido la única grieta. En aquel acto fundacional de Vox en Vista Alegre hubo algo que sonó especialmente amenazante: la parte del discurso de Abascal en la que demolía la categoría «fachas» reduciéndola a un cliché manido que el militante de Vox debe llevar «como emblema». Lo amenazante de este discurso es precisamente la intención de destrozarse los contenedores del conflicto utilizados por el modelo bipartidista. Queda por comprobar si Vox lo podrá llevar adelante tras su entrada en unas instituciones que, muy posiblemente, tenderán a absorber a estos herederos de Don Pelayo.

Hay algo, sin embargo, que subyace a esta trivialización folk de la extrema derecha, y que hace que un libro como este, no escrito fundamentalmente por especialistas académicos sino por militantes, tenga sentido. Los efectos del ascenso de nuevas fuerzas reactivas, nacionalistas, heteropatriarcales, racistas y autoritarias van mucho más allá de su irrupción en el mundo de las instituciones políticas y su aparato mediático legitimador. En esta recopilación de textos, lo que interesa es las múltiples formas de penetración de la reacción en lo social, no la taxonomía

académica, ni la perspectiva del analista político. Interesa empezar allí donde termina la cobertura mediática de los fenómenos políticos emergentes, en las situaciones cotidianas en las que los señalados por el nuevo populismo de derechas —los migrantes, los disidentes sexuales o las mujeres— puedan ver sus condiciones de vida empeoradas por la extensión de un nuevo sentido común de época que les acusa nada menos que de «privilegiados», gracias a los juegos de espejos invertidos de las guerras culturales. Precisamente, podemos saber que estamos en uno de esos momentos históricos de reflujo, cuando algo tan evidente como la creciente segmentación de los nichos políticos hasta convertirlos en abismos funciona en contra de los intereses de todos los explotados y los dominados.

Quienes aportamos a este libro coincidimos en creer que el problema principal hoy no es el Valle de los Caídos y otros lugares similares, aunque nunca podamos librarnos del todo del peso de estas imágenes. El problema es, en cambio, Tarajal, Lampedusa y los CIEs, o la violencia machista contra mujeres y trans. Creemos también que el dispositivo antifascista más eficaz que ha conocido este país recientemente no es un pacto de las izquierdas institucionales a los que se apela en las cada vez más frecuentes elecciones, sino la Plataforma de Afectados por la Hipoteca (PAH), el movimiento de vivienda en general y las organizaciones sociales similares. En estos textos no se avala una política de gestos y una reproducción de las posiciones preconcebidas, tan queridas por la izquierda, sino una serie de aportaciones, necesariamente incompletas, que pretende dibujar algunos elementos que permitan discutir el fenómeno y sus respuestas desde la perspectiva de la única política de emancipación posible hoy. Aquella que sume desde la pluralidad y la diferencia constitutivas de las distintas luchas en un proyecto de derrocamiento del actual orden de dominio y explotación.

¿Otro periodo de entreguerras?

El fascismo histórico nació del desmoronamiento del orden liberal global del siglo XIX durante los años que median entre 1917 y 1943. No fue la única tendencia política del momento. Tres macroposiciones políticas lucharon

por dar el tiro de gracia y suceder al orden liberal basado en el patrón oro y el «libre comercio» bajo la hegemonía del capitalismo colonial del imperio británico. Dos de ellas pueden ser calificadas como soluciones internas de las élites capitalistas y otra como antisistémica. En la primera categoría, entraron los fascismos y el keynesianismo/fordismo que tiene su expresión principal en el New Deal de Roosevelt y cuyas políticas se extendieron después, de una manera u otra, a buena parte del occidente capitalista. En la segunda, el triunfo de los bolcheviques en 1917 inauguró la existencia del socialismo real como visión antisistémica. Esta tuvo un enorme peso en los movimientos de descolonización y liberación nacional que se desarrollaron durante los años cincuenta. En realidad, en cada una de estas tres posiciones se escondía una aspiración a suceder al poder hegemónico británico: Alemania, EEUU y la recién nacida Unión Soviética.

Si el nazismo se ha convertido en una especie de metáfora cultural del mal, el periodo de entreguerras ha vivido algo semejante como metáfora del hundimiento de los aparatos institucionales sobre los que se sostiene el Estado nación y del desenganche entre el Estado nación y sus poblaciones. Como no podía ser menos, la crisis permanente de representación y legitimidad que vivieron las democracias neoliberales tras la gran crisis del capitalismo financiarizado de 2007 ha sido comparada con el anterior periodo histórico de turbulencias económicas y políticas. No son comparaciones políticamente inocuas; normalmente sirven al argumento de la necesidad de resucitar la política de «frente popular» como mecanismo de contención del avance del fascismo. Tampoco por casualidad suelen ser los partidos socialdemócratas europeos los que ondean esta bandera del frentepopulismo.

Otro elemento del ascenso del fascismo en el periodo de entreguerras tiene que ver con lo que Arno Meyer llamó «la persistencia del Antiguo Régimen». En términos generales, nos referimos a algo que podríamos llamar «la huida de la burguesía de su misión histórica». Salvo en los contextos centrales del capitalismo atlántico, Estados Unidos, Gran Bretaña y, quizá, Holanda, la burguesía ha tendido más a recaer en las formas de ritualización del poder de las viejas aristocracias terratenientes que a pelear por su programa político de fe en el progreso universal. La

buguesía siempre ha percibido la amenaza, casi una maldición, formulada por Karl Marx de que el orden burgués parlamentario y liberal forzosamente hacía engordar a su verdugo: la clase obrera. Esta clase burguesa asustadiza y frágil subjetivamente, sobre todo cuanto más se encuentra en la periferia del orden capitalista, no ha dudado en volverse autoritaria y en utilizar la violencia política cuando se ha sentido amenazada.

Tenemos un ejemplo extraordinariamente cercano en la Guerra civil española, donde burguesías, muy concentradas territorialmente en Cataluña y Euskadi, fueron incapaces de dirigir el proceso de acumulación y la construcción de un capitalismo nacional sin la eliminación física de aquellos que querían subvertirlo. Otro ejemplo todavía mejor es el que relaciona los dos contextos en los que creció el fascismo en su sentido más pleno —no el simple conservadurismo autoritario—, Alemania e Italia, con las sacudidas revolucionarias previas en ambos países. Muy especialmente en Alemania, donde parece claro que la aquiescencia con el auge del fascismo llegó hasta el mando del partido socialdemócrata. En concreto, el entonces ministro Gustav Noske pactó, con la milicia nacionalista y anticomunista prenazi conocida como *Freikorps*, la eliminación violenta del ala izquierda de la socialdemocracia alemana, el espartaquismo consejista. Este había protagonizado el episodio revolucionario alemán de finales de 1918 y principios de 1919. Los asesinatos de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht —cabezas visibles de la revuelta— sellaron este pacto entre fascismo ascendente y socialdemocracia reformista.

No debe escaparse tampoco la interconexión entre el ascenso del nazismo y el pulso por la hegemonía capitalista mundial que enfrentó a EEUU con Alemania en un contexto de vuelta a los marcos nacionales —hasta el punto de rozar la autarquía—, de lo que había sido el modelo de economía global liberal liderado por el Imperio Británico en el siglo XIX. Fue el giro de Estados Unidos hacia el New Deal y el keynesianismo lo que dio un horizonte de supervivencia al modelo capitalista liberal y aseguró la victoria norteamericana en el conflicto por la hegemonía global. La extensión de este modelo a la posguerra europea mediante el Plan Marshall y la construcción de la Comunidad Europea terminó de sellar la hegemonía

americana en el mundo capitalista y dio paso a la Guerra fría y a la confrontación con la URSS. Se puede decir que Estados Unidos tuvo que ganar dos guerras, la propiamente geopolítica y militar y otra, mucho más complicada, en clave social y económica. En otras palabras, la solución que permitió la continuidad del capitalismo en los términos que habían sido reconocibles en los tres siglos anteriores, llegó mediante la integración de la clase obrera en el modelo redistributivo y por medio del consenso generado en torno al modelo de la sociedad de consumo. En aquellos años, Estados Unidos gozaba de una apabullante superioridad económica y de la posibilidad de encontrar arreglos redistributivos en el modelo de capitalismo industrial transnacional que lideraba. Hoy sin embargo nos encontramos con unos Estados Unidos en fase de decadencia y un capitalismo financiarizado incapaz de proponer otro modelo social que no sea el de la rapiña y el saqueo.

La retórica contra el globalismo y el multilateralismo que han gobernado las relaciones entre los países en las últimas cuatro décadas se encuentra contestada por la derecha, al menos a nivel discursivo. La soberanía nacional se ha convertido en el nuevo fetiche de los movimientos reactivos. También conviene recordar que el Estado nación se derrumbó sin remedio tras la crisis del 29. El peso del aislamiento llevó a un sistema monetario que encajonaba las monedas locales, aún referenciadas en el patrón oro, hasta implicar casi el colapso del comercio mundial, y como consecuencia, del gigantesco malestar de unas poblaciones europeas golpeadas por la guerra, la inflación y el paro. Este desplome de la figura central con la que se construyó el sistema-mundo capitalista como sistema de Estados nación, no fue exactamente casual, sino que precisamente fue el resultado de las políticas que Estados Unidos puso encima del tablero global antes del giro al New Deal. Estados Unidos replegado sobre sí mismo estableció el cierre de las fronteras a la inmigración y el uso sistemático de aranceles que blindaban el gigantesco mercado de consumo americano frente a las exportaciones de sus rivales. El resultado fue, como se ha dicho, el desplome de los Estados nación que ya entonces eran plenamente dependientes de la esfera global y que, tal y como defiende Alan Milward, encontraron su condición de posibilidad en la integración europea que les permitía aparecer ante

sus poblaciones como proveedores de bienestar y un modelo de consumo de masas, con mecanismos de lucha de clases incorporados al aparato institucional del Estado —como la negociación colectiva o los grandes sindicatos socialdemócratas o comunistas convertidos en aparatos de Estado—. El propio Milward se encarga así de recordar a los partidarios de la vuelta a los Estados nación algo importante: estos ya eran entidades geopolíticas incapaces de sostenerse sin una buena parte de sus funciones materiales descargadas sobre algún tipo de transnacionalidad. En el caso de Europa, el más palmario, este proceso se realizó a través de la Comunidad Económica Europea y el GATT, tratado de libre comercio americano, del que el proyecto europeo no fue originalmente más que una especificación. Si esta hipótesis resulta cierta en la posguerra europea, más lo es hoy en día en un escenario extraordinariamente vinculado a los mecanismos de articulación transnacional de las cadenas de valor que conocemos como globalización.

La globalización y sus descontentos

Hace tan solo veinte años parecía que el mundo había llegado a una *pax neoliberal*. Los descontentos del sistema estaban firmemente situados en los márgenes, tanto en la escala de las relaciones entre países como en el interior de cada Estado. Cada cosa parecía en su sitio, incluidas las crisis del sistema financiero de 1992 y 1998, y se avistaba un nuevo ciclo tecnológico relacionado con las tecnologías de la comunicación que prometía una prosperidad material no vista desde mediados de los años sesenta. Los grandes medios *mainstream* se congratulaban del éxito del capitalismo financiero y su particular versión de las democracias liberales. Clinton en Estados Unidos, la Tercera Vía de Blair en Gran Bretaña y, sobre todo, la moneda única europea, aspiraban a transmitir una seguridad plena en la reproducción del modelo de ordenación capitalista del mundo.

La joya de la corona de este modelo fue la relación comercial y productiva entre Estados Unidos y China ¿Qué otro triunfo para la hegemonía capitalista estadounidense que convertir al mayor país del mundo, nominalmente comunista, en un gigantesco taller al servicio de los capitales

occidentales atenazados por la crisis de rentabilidad, las luchas de clases y la competencia? El cierre del modelo se producía cuando los capitales productivos que migraron a China volvíán convertidos en flujos monetarios y financieros a los mercados financieros de Estados Unidos y Europa. Llegar a este punto no fue fácil; antes Estados Unidos tuvo que derrotar a su primer competidor asiático, Japón, obligándole a revalorizar el yen frente al dólar en los Acuerdos del Plaza de 1985. La amenaza exportadora de Japón quedó conjurada. Con el verdadero gigante continental, todo iba a funcionar de otra manera.

La fórmula de la nueva gobernanza estaba servida. Los gobiernos no debían plantear obstáculos a la movilidad de los capitales ni intentar confinarlos en sus espacios nacionales si no querían ver cómo, por medio de la competencia tradicional, o de los ataques financieros a la moneda, sus territorios se convertían en un residuo del nuevo modelo y sus poblaciones en superfluas y excedentes. En definitiva, si no querían perder en el nuevo juego de la globalización, los poderes políticos tenían que poner toda la infraestructura necesaria para atraer a los capitales móviles y esperar a ver si estos consideraban su territorio como digno de posarse. Tampoco era algo del todo novedoso, pocas crisis desde el principio del capitalismo, sea en la definición amplia o restringida de la palabra, no han implicado la recomposición de la clase capitalista en la esfera transnacional y el confinamiento de cualquier fuerza democratizadora o antagonista en sus espacios nacionales.

Sin embargo, frente a la ampulosa celebración del nuevo orden global, lo cierto es que el mundo capitalista estuvo lejos de convertirse en un espacio liso, donde el territorio quedaba como simple soporte de unos capitales perfectamente móviles. El Estado nación, tal y como había existido en el orden fordista-keynesiano, quedó malherido para siempre, pero la globalización necesitaba de determinado tipo de territorios y sociedades, al igual que sus precedentes. En este caso, las escalas geográficas y sociales saltaron por los aires. Donde antes había unidades de Estado nación medianamente coherentes, ahora había países, regiones y megarregiones, ciudades y áreas metropolitanas convertidos en espacios de acumulación o relegación. La fragmentación territorial posglobalización fue la expresión de una fractura social quizá menos visible

pero que en última instancia resultó determinante. Territorios, regiones y ciudades quedaron escindidos entre aquellos que lograban subir en la jerarquía de inversiones establecida por la globalización, con su pirámide social propia, y aquellos que quedaban marginados de la nueva prosperidad financiera.

Los grandes mercados financieros metropolitanos, los conglomerados de producción tecnológica vinculados a las universidades, las regiones especializadas en ingeniería o diseño que retuvieron posiciones monopolistas en las nuevas cadenas de valor productivas, las grandes zonas logísticas, los territorios puestos al servicio de los ciclos inmobiliarios o los paraísos fiscales y *off shore*, emergieron como un nuevo mapa financiero, productivo y social que desbordaba los estrechos límites del Estado nación. Cada una de estas especializaciones tenía detrás un grupo social ganador: los *brokers* y los *traders* en los mercados financieros, los ingenieros informáticos, las grandes redes de distribución vinculadas al agronegocio de exportación, los expertos en logística y reordenación de la producción, una legión de servicios especializados a la producción: servicios jurídicos, consultoría, auditoría, servicios contables, informáticos y audiovisuales. Y su contrapartida, la emergencia de una nueva clase trabajadora de los servicios, feminizada y racializada, subordinada a las anteriores categorías.

En las brechas abiertas por esta división tripartita entre ganadores, relegados y nuevo proletariado metropolitano de los servicios creció el caldo de cultivo de los movimientos reactivos, los populismos de derechas, al menos en los países de mayor centralidad en el arreglo global. En los países del Este, sin embargo, han sido las formas fascistas más clásicas las que hoy se encuentran en auge. Salvo en casos de larga duración como el del Front National, hoy Agrupación Nacional francés, que viniendo de la ortodoxia ultraderechista se han reciclado en soberanista y antiglobalista, las nuevas expresiones políticas del populismo de derechas en Italia, Reino Unido, Alemania, Holanda o Austria comienzan con una defensa del trabajador nacional, blanco y hombre, frente a las fuerzas de la globalización que destruyen su patria y, por tanto, su posición jerárquica con respecto del Estado, el mercado de trabajo y los procesos sociales informales.

En este fenómeno, tan propio de los países europeos centrales, el caso de Estados Unidos, como veremos, es otro. Esto tiene mucho que ver con la propia forma en que se ha manifestado la crisis capitalista. El caso más palmario de lo sucedido en el Sur fue el de España, antiguo ejemplo de éxito del neoliberalismo globalizador, pero donde en los años más agudos de la crisis todos los grupos sociales salvo el 20 % más rico perdieron posiciones en ingresos y patrimonio en apenas los dos años que van de 2008 a 2010. Pero, más importante, la crisis política que se abrió con el 15M, y que respondía a una caracterización sociológica fundamentalmente de clase media en rápido desclasamiento, fue un resultado de la volatilización de las expectativas y horizontes de esa misma clase media en tanto polo ganador en el reparto global. El 15M impuso una lectura de la crisis como responsabilidad de los poderes financieros, casi tanto como de los poderes políticos, que gracias a su dimensión de masas ha estado vigente hasta que la nueva política se encargó de liquidarla.

Frente a este tipo de gigantesco maremoto de acción y reacción, la crisis de los países de Europa central respondía a un modelo de acción mucho más lenta pero inexorable. La capacidad de financiación del Estado, tanto por sus superávits comerciales como por la mayor facilidad para el endeudamiento en los mercados secundarios de deuda, ha sido fundamental para contener una crisis aguda, pero no lo suficiente como para contrarrestar la tendencia al estancamiento económico y a la crisis permanente de baja intensidad. La consecuencia más visible de este modelo es la caída en goteo de sectores de la población por debajo de la línea que marca la plena integración social y política. De ese enorme agregado central, la clase media, sobre la que se construyeron los Estados europeos de posguerra, aquellos que se integraron desde posiciones de clase obrera fordista ascendente han sido los que han ido cayendo en la relegación.

En estos países, en los que se negó que hubiera crisis alguna, no ha existido un momento de efervescencia colectiva capaz de fijar una lectura de la crisis y de sus instancias financieras responsables. Es más, los estragos de la crisis en los países centrales coincidieron en el tiempo con la mal llamada «crisis de los refugiados», que en una definición más ajustada debería llamarse crisis de

los países centroeuropeos. Aunque el flujo de refugiados obviamente creció durante la guerra de Siria, lo cierto es que el número de demandantes de asilo y refugiados sigue siendo muy bajo en comparación con otros momentos históricos en los que el continente estaba en situación de expansión económica. El «no hay para todos» que abre el señalamiento de migrantes y refugiados como incompatible con el bienestar material de las antiguas clases obreras blancas, implica un trayecto diametralmente opuesto al que marcó el 15M. En este planteamiento los penúltimos culpan a los últimos de sus crecientes miserias en lugar de señalar al poder financiero.

En la medida en que las finanzas, el verdadero poder global hoy, quedan subsumidas en el globalismo sin mayor especificación, todas las nuevas expresiones reactivas dejan intactas las verdaderas fuentes del poder político capitalista hoy. Digamos que «la nación» cumple con su vieja función de suturar el conflicto interno entre clases, a fuerza de buscar un enemigo territorial externo. De este modo, todas las nuevas formas de privatización y sumisión del poder político a los intereses financieros que permiten que el proceso de acumulación por desposesión del que viven las finanzas y que ha permitido sortear temporalmente la larguísima y agónica crisis de la producción capitalista en sus sectores productivos, especialmente los manufactureros, quedan fuera del campo de la impugnación política. Un ejemplo clarísimo es el de la invisibilidad relativa de los bancos centrales, organismos público-privado y lugar central de la toma de decisiones frente a unos poderes políticos nacionales sumisos.

Trump o la decadencia del imperio

Estados Unidos, la potencia hegemónica y país central en este relato, fue posiblemente la sociedad occidental que, de una manera más cruda, tuvo que admitir el desmoronamiento de franjas enteras de su orden social, con todo lo que esto supone en términos de visibilización de la decadencia interna de la potencia hegemónica. La brutalidad del impacto de la crisis hipotecaria, así como la evidencia de un sector financiero incapaz de hacer otra cosa que parasitar la riqueza socialmente construida, fue el detonante

de un profundo malestar en la sociedad americana, especialmente entre todos aquellos que, de golpe, aparecieron claramente como dejados de la mano del reparto entre las élites globales.

El estallido de descontento en ese país se sintió de forma inusitada en la revuelta Occupy Wall Street (OWS). Una protesta al estilo de las que ya habían sucedido en la Primavera árabe, en Islandia o en la Europa meridional, especialmente Plaza Syntagma en Grecia y el 15M en España. Ocupación de plazas, asamblearismo y horizontalidad fueron las divisas de OWS, que además dejó un eslogan que aún durará muchos años, *We are the 99%* (Somos el 99%). Con esta declaración, OWS quiso poner en el centro la gigantesca dimensión de las desigualdades económicas, sociales y políticas en el capitalismo financiarizado, donde el 1 % más rico acapara más riqueza que en ningún otro momento histórico, frente a la inmensa mayoría de la población que ve como pierde posiciones sociales, progresiva o bruscamente, dependiendo de cada contexto nacional.

Sin duda, como sucedió con el 15M, las consecuencias políticas de OWS han durado mucho más allá de que los acampados en Zucotti Park decidieran levantar sus tiendas. En realidad, OWS avanzaba lo que está siendo posiblemente la mayor radicalización política de los Estados Unidos de América desde la sacudida contracultural de los años sesenta. La emergencia de todo un movimiento, así lo llaman sus protagonistas, de federación de luchas e intervención política como es DSA (Democratic Socialism for America), que cristaliza en la figura de Bernie Sanders y constituye una pelea política dentro del partido demócrata, le debe todo a aquel levantamiento de OWS.

Pero esta no ha sido la única implosión del régimen político estadounidense. El lado republicano del sistema electoral también saltó en pedazos con la crisis de 2007. Primero el crecimiento, por momentos fulgurante, del llamado Tea Party. Esta suerte de movimiento social conservador llegó a provocar mediante la presión a los congresistas de derechas un bloqueo en la aprobación de los presupuestos que redundó en el cierre del gobierno. A la manera característica en que los movimientos han operado en la arena electoral en los países anglosajones, especialmente en EEUU, los candidatos que recibían el aval del

Tea Party se comprometieron a respetar un decálogo en el que se incluía el mandato de impedir el crecimiento del gasto público. El cierre del gobierno supuso una ruptura entre el campo neocon, ahora devenido movimiento, y los componentes del Partido Republicano más tradicional, mucho más preocupados por la estabilidad del modelo.

Otro elemento importante para la captación política del malestar entre la derecha sociológica estadounidense fue también la página web de agitación y propaganda Breitbart News. La autodenominada Alt-Right tomó buena nota del éxito de sus predecesores, los neocon en su estrategia de golpear desde lo social, antes que desde los partidos políticos y los medios establecidos. Un pequeño chiringuito on line de noticias, especialmente diseñado para la guerra cultural, puede poner en jaque a un gobierno y ser una fábrica de notables que no tienen que pasar antes por las estructuras de partido. Además, la agilidad y el escaso coste de una operación comunicativa de este estilo permite golpear a la propia derecha institucional, a la que se suele acusar de criptoprogre y tibia.

La sorprendente —desde el punto de vista de los medios y la política *mainstream*— llegada de Donald Trump a la Casa Blanca debe sin duda bastante a este ambiente de descontento dentro de la derecha estadounidense. Muy diferente en algunos aspectos de los neocon, comparte con ellos la utilización propagandística de los medios afectos y el gusto por la guerra cultural como terreno preferente de la política. No obstante, Trump ha añadido elementos de la tradición conservadora americana que estaban completamente fuera del espectro ideológico de los neocon. Desde las primarias, centró sus ataques sobre parte de las élites norteamericanas, acusadas de llevarse las inversiones a China. Al tiempo aseguró que cerraría las fronteras a cal y canto, con la promesa de la construcción de un muro en el borde con México, síntesis simbólica de este cierre de fronteras. Además, desde un primer momento Trump dejó claro que su posición con respecto de la presencia militar de Estados Unidos en el mundo tenía más que ver con un aislacionismo nacionalista que con la continuidad del rol de gendarme mundial. Desde luego, esta posición tiene poco que ver con ningún tipo de pacifismo y mucho con lo que Trump considera unos costes desorbitados que rinden poco a Estados Unidos.

La vuelta al nacionalismo proteccionista, credo de la derecha vinculada al capitalismo industrial americano hasta el cambio de estatus hegemónico que supuso el New Deal y la Segunda Guerra Mundial, le valió a Trump captar mucho voto en el antiguo cinturón industrial de los Grandes Lagos, el *rustbelt*, área en completa decadencia desde la crisis de 1973. Efectivamente, las imágenes que Trump movilizó en campaña, y que desde su gobierno sigue movilizándolo sobre todo mediante la instrumentalización interna de la guerra comercial con China y la UE, son ideales para captar el malestar de determinados sectores obreros, blancos y masculinos, resentidos con los enemigos externos, China y los migrantes, y al mismo tiempo poco proclives a extender ese malestar a las propias élites económicas estadounidenses *per se*, sino en la medida en que son unos vendepatrias.

Trump se estrenó en la Casa Blanca con la mayor bajada de impuestos a los ricos jamás vista en la historia de Estados Unidos. Este gesto fue inequívocamente saludado por las élites americanas. Sin embargo, a partir de comienzos de 2017, lanzó lo que fue su gran apuesta política, apuesta de resultado incierto pero de extraordinaria ambición. Nada menos que una reordenación del espacio transnacional conforme a criterios ajenos a lo que fueron los años de consenso en torno a la globalización. El gobierno de Donald Trump se ha lanzado a una guerra arancelaria con China y de manera indirecta con la UE. Por el camino ha liquidado los modelos de acuerdo multilateral que durante décadas ha estado imponiendo la OMC y antes el GATT. Tratados como el TTIP para Europa o el TPP para Asia y el Pacífico han muerto a manos de la nueva estrategia americana. La *entente cordiale* que mantenía *Chimérica*, híbrido funcional entre EEUU y China, ha terminado; con ella se tambalea el orden mundial que asignaba a cada territorio una función en la división internacional del trabajo.

Los motivos del giro de Trump son tanto internos como externos. Un primer motivo populista interno obvio: dar al estrato de votantes procedentes del *Midwest* un conflicto con su peor enemigo imaginario, China. Un motivo externo relacionado: Estados Unidos no está dispuesto a presenciar pasivamente su decadencia como potencia hegemónica en medio de un capitalismo estancado desde hace tres décadas en su capacidad de producir ciclos de

expansión material de alcance global y no solo regional, por efecto de la exportación de capital y los juegos entre las divisas. La constatación, por un lado, de que las políticas de expansión monetaria de los bancos centrales de todo el mundo no han tenido apenas efecto sobre la inversión en Occidente, aunque hayan llenado las manos de los bancos y agentes financieros de liquidez. Y por otro lado, de que China, en parte como consecuencia de sus programas de inversión pública masiva de 2012, ha alcanzado a Estado Unidos en la competencia por los sectores tecnológicos de mayor valor añadido —en este caso, las redes 5G— dejando de ser un mero *outlet* para la inversión manufacturera menos cualificada.

Europa en disputa

La otra arista del giro de Trump tiene que ver con un enemigo no declarado: la Unión Europea en tanto zona transnacional dependiente de Alemania. Por motivos históricos y diplomáticos, Estados Unidos no puede declarar una guerra comercial abierta a Europa, ni acusarla de espionaje industrial y falta de respeto a las leyes de propiedad intelectual como hace con China. Sin embargo se ha lanzado a ello sin la misma cobertura política, pero con la misma o mayor intención política y estratégica. En enero de 2019 entró en vigor una primera ronda de aranceles del 25 % a los productos del acero europeo. Esta fue respondida con otra tanda de aranceles europeos a los mismos productos. En octubre de 2019 entró en vigor una segunda ronda de aranceles a los productos agrícolas de la UE: vinos, quesos, aceites, etc. Para completar, se impusieron 75.000 millones de euros en aranceles a Airbus a los que responderá la UE en 2020 con una cantidad similar para Boeing. Queda pendiente el gran temor alemán y francés: los aranceles a la industria automovilística. Por supuesto, nada tiene de casual que precisamente estas rondas arancelarias selectivas vayan a golpear a los mismos sectores sociales (clase obrera cualificada en decadencia, agricultura subvencionada por la PAC, etc) que están en la base de los movimientos nacionalistas reactivos en Europa. A mayor malestar entre estos sectores sociales más problemas para la Unión Europea.

Desde un punto de vista político, la ofensiva arancelaria intenta terminar con la hegemonía regional alemana sobre Europa, y muy especialmente la zona euro, y aspira en última instancia a romper la UE. En este sentido, todos los movimientos de reacción nacionalista de distinto pelaje en la Unión Europea son aliados objetivos de la nueva estrategia estadounidense. Dos puntos son primordiales para la estrategia europea de Trump: la Gran Bretaña del *brexit* y la Italia de La Lega. En el primer caso, el trumpismo considera el triunfo del *leave* en el referéndum de 2016 como un precedente de su propia victoria electoral. Desde los primeros momentos de su presidencia puso encima de la mesa un tratado bilateral *posbrexit* entre ambos países, con la condición siempre de un gobierno *tory* en el poder, que aspira a servir de modelo al nuevo orden posmultilateral que Trump quiere imponer en el resto del mundo. Los países y territorios que tengan gobiernos nacionalistas afines a Trump serán los agraciados con un tratado bilateral que les de acceso al mercado de consumo estadounidense, mientras que para el resto habrá aranceles y fronteras cada vez más cerradas. La libre circulación de personas quedará restringida a los nacionales de ambos países. Y la libre circulación de capitales entre ambos países garantizará el acceso de los capitales norteamericanos a las nuevas rondas de privatizaciones: en el caso del Reino Unido, apunta al Sistema Nacional de Salud británico, última rodaja de propiedad pública apetecible después de los treinta años de neoliberalismo thatcheriano y blairita. En todo caso, el desarrollo efectivo del *brexit* ha resultado tan caótico y poco controlado por los diferentes jefes de gobierno *tory*, que es dudoso que el trumpismo alcance sus objetivos.

Italia es una pieza más delicada dentro de este mismo esquema. Señalada como la siguiente ficha en caer de la permanente crisis europea, sumergida en ya más de tres décadas de atonía económica, un modelo de Estado profundamente clientelar y unos niveles de deuda pública crecientes, Italia ha sido el laboratorio de una profunda crisis de la representación política. Una crisis que está llegando al resto del occidente capitalista bajo las distintas formas de la «antipolítica» y sus hibridaciones con los nuevos populismos nacionalistas. La llegada al poder de la nueva Liga, que ya no es Liga Norte —que ya no es el partido de la Padania, sino de toda Italia—, y la emergencia del que hasta hace poco ha sido hombre fuerte del

gobierno de coalición con Cinco Estrellas, deben su éxito a la estela de Berlusconi, una suerte de figura venal que partía de la premisa de la corrupción total de la sociedad italiana, un «vosotros perdonáis mis pecadillos y yo perdono los vuestros». Hay que tener en cuenta que los gobiernos de Berlusconi jamás aplicaron los planes de austeridad y ajuste de la UE, trabajo que desde los tiempos del gobierno de Romano Prodi y del acceso a Maastricht han hecho los restos de la izquierda italiana. De otro lado, la Lega ha crecido en la medida en que ha sustituido sus ataques a los *terroni*, los paisanos del sur de Italia, acusados de vagos y parásitos en los primeros tiempos leguistas frente a los probos y sacrificados nortños, por otro ataque centrado en los migrantes extracomunitarios. El cambio de enemigo ha permitido a la Lega crecer por el flanco sur del país.

Desde el punto de vista de la nueva estrategia norteamericana, Italia es un bastión dentro de la zona euro favorable a sus intereses. Desde los tiempos en que el estratega de la Alt-right, Steve Bannon, intentó montar algo parecido a una internacional del populismo nacionalista y designó a Matteo Salvini como el Trump europeo, los paralelismos entre el eficaz y ultraoportunist ministro de Interior y Trump se han sucedido. El propio Salvini se postulaba en su visita a Washington en junio de 2019 como el delegado europeo del proyecto hegemónico de Trump:

Mi partido aprecia la Administración Trump, no solo por su postura respecto a la inmigración, sino también por el impulso económico a la creación de puestos de trabajo, la protección de las empresas estadounidenses, el crecimiento económico, los recortes de impuestos. Por lo tanto, ser uno de los socios favoritos de los Estados Unidos en la Unión Europea será muy importante. También a nivel geopolítico, ya que el enfoque de Italia en algunas situaciones es diferente del de la Unión Europea o de algunos países grandes como Francia y Alemania. Lo hemos visto en el pasado. En Irán y otras situaciones.

Sin embargo, el apoyo personal a Salvini desde Washington no ha sido tan visible. Y esto debido a que toca uno de los puntos más oscuros del gobierno de Trump, las relaciones bajo cuerda con Vladimir Putin. Salvini es un declarado defensor de Putin, los apoyos personales a Salvini

han sido discretos y se han repartido con el apoyo a otra candidatura ultraderechista, los Hermanos de Italia encabezados por Andrea Melloni. En cualquier caso, el gobierno de Trump sabe, al igual que el gobierno alemán, que Italia es el teatro para una nueva crisis en la zona euro que represente la batalla entre el globalismo y el nacionalismo de nuevo cuño. Desde un punto de vista anticapitalista, este enfrentamiento supone una simple elección entre dos males, pero es probable que se lleve por delante a buena parte de la izquierda euroescéptica europea. Una izquierda que está intentando desde hace tiempo acercarse al campo trumpista-nacionalista como ala legitimadora rojiparda. Esto solo sería posible confundiendo dramáticamente la globalización con el capitalismo financiarizado, lo que, por cierto, no le sucede a Donald Trump. Tal y como dijo en la sesión plenaria de la ONU de 2017, «[pretendo] acabar con la globalización para salvar el capitalismo».

Una nueva ronda de segmentación del mercado de trabajo

Como señala un reciente perfil de Matteo Salvini en la *New Left Review*,¹ extensible a otras formas de populismo nacionalista, las críticas a Bruselas/Berlín han ido poniéndose en sordina. En su lugar han surgido con fuerza dos ejes de acción política que, no por casualidad, coinciden con las líneas clásicas de segmentación del mercado de trabajo capitalista: el género y la raza. Cada uno de ellos requiere una estrategia propia, pero ambos convergen en una promesa tácita de restitución jerárquica al trabajador varón blanco fordista: pase lo que pase ahí fuera siempre habrá alguien por debajo de él para servirle, ya sea racializado o mujer. Esto se realiza mediante una fuerte diferenciación de las escalas salariales y de derechos, un mecanismo clásico del capitalismo histórico: desde su hibridación con el sistema de dominio patriarcal, para la relegación de las mujeres al trabajo reproductivo no pagado, hasta la asignación de los empleos de menor remuneración y escala jerárquica a los sujetos coloniales y poscoloniales, como base de la construcción de la posición diferencial

¹ Matteo Pucciarelli, «El hombre fuerte de Italia», *New Left Review*, núm. 116-117, mayo-agosto de 2019, pp. 11-34.

del trabajador blanco varón en los distintos modelos de acumulación capitalista.

En el caso de la lucha contra los derechos de las mujeres, o en los términos de las nuevas expresiones reactivas —«la ideología de género»— por delante tienen una lucha contra lo que ha sido el movimiento social de mayor expansión global en los últimos cinco años. La campaña antifeminista se puede considerar la principal batalla política que tienen por delante los populismos nacionalistas de nuevo cuño, al menos en términos de las resistencias que están encontrando para sacar adelante sus posiciones. Sin duda, antes que afrontar una pelea frontal contra el contenido último de la movilización feminista global, van a intentar llevar el conflicto al terreno de las guerras culturales y la política de gestos para sacarlo de sus componentes materiales y macrotransformadores. La operación central en este sentido consiste en intentar desvincular el movimiento feminista de una supuesta lucha por la igualdad que estaría liberada de las cadenas «supremacistas femeninas» de la «ideología de género». A su vez, el núcleo de esta operación consiste en negar cualquier posibilidad de un sujeto político propio a las mujeres, que quedan subsumidas en categorías generales en el discurso y encerradas en los nichos políticos y culturales tradicionales en la práctica. La mera formulación de la existencia de un sujeto feminista se salda presentándolo como una operación antihombres.

A lo que no renuncian las nuevas derechas es a cabalgar de forma oportunista las partes más cercanas al punitivismo dentro del movimiento feminista con sus propios intereses políticos. Demostración de esta práctica es la vinculación de la islamofobia con una supuesta defensa de los derechos de las mujeres o, incluso, de los colectivos LGTBI. La caracterización del Islam como una religión de opresión de las mujeres, que en su expansión no dudará en someter a las mujeres europeas, corresponde con reivindicar la pena de muerte o la cadena perpetua para violadores. Se trata poco más que de una instrumentalización de temas que en los últimos años han ganado presencia pública gracias al fenomenal auge del feminismo. Con esta manipulación de algunas de las brechas abiertas por el movimiento feminista se trata de introducir dos de los temas clásicos de la extrema derecha europea: el racismo,

especialmente el islamófobo, y la exaltación de la violencia de Estado. En casos de larga duración como el del Front National en Francia se puede decir que, con el apoyo del cerril laicismo republicano francés, esta operación ha estado presente en las sucesivas oleadas de legislación contra el hiyab, el chador, el burka, etc.

En última instancia, que estas nuevas derechas utilicen lo que en la jerga politológica se suele llamar el *frame* o marco discursivo abierto por el movimiento feminista global da una ventaja de partida al feminismo. Pero para que esta ventaja de partida se convierta en la derrota de las nuevas derechas parece fundamental, a tenor de las coyunturas recientes, que se evite la capitalización de la lucha feminista por parte de la muy decadente socialdemocracia progresista global. Un movimiento hegemonizado por sus sectores progres pone en bandeja la continuidad de la táctica —heredada de los neocon— en sus guerras culturales: dar la vuelta al enunciado para intentar representar lo progre como elitista y la reacción neocon como un desvelamiento del «verdadero carácter privilegiado» del feminismo en este caso, aunque este tipo de *detournement* neoderrechista se ha extendido a casi todos los ámbitos y movimientos que se consideran herederos del 68.

Para el éxito de este movimiento táctico en el discurso, ha sido necesaria una narrativa del acomodamiento de los protagonistas de aquel 68 a la vista de las capas medias blancas en proceso de desclasamiento procedentes del trabajo manual cualificado y la pequeña propiedad; una narrativa especialmente dirigida a la movilización del resentimiento de los hombres de estos estratos. El «hombre común», el «español medio», «la mayoría silenciosa», en esta lectura, habrían quedado definitivamente sepultados jerárquicamente por la nueva ola feminista. Es necesario remarcar que esta interpretación, en la línea de la «lucha de clases» invertida que puso encima de la mesa el periodista Thomas Frank en su influyente ensayo *Qué pasa con Kansas*,² tiene muchas más posibilidades de extenderse y tener éxito en situaciones como las últimas elecciones norteamericanas en las que una marioneta de Wall Street y Hollywood como Hillary Clinton quedó como última

² Thomas Frank, *¿Qué pasa con Kansas? Cómo los ultraconservadores conquistaron el corazón de Estados Unidos*, Madrid, Acquarela, 2008.

línea de defensa de la salvaguarda de las luchas por los derechos de mujeres, las minorías racializadas y los disidentes sexuales frente a Donald Trump. Precisamente la toma de conciencia, por parte de los movimientos, de que estos son asuntos demasiado importantes para estar tutelados por una monigote socioliberal al servicio de las élites está en la base de la agudización de la reciente radicalización de la política norteamericana.

En el otro gran eje histórico de segmentación del mercado de trabajo —la división étnica y las migraciones— la estrategia ha funcionado de una manera diferente al no enfrentarse, salvo quizá en el caso de Black Lives Matter, a un movimiento en ascenso como lo es el feminismo. En esta ocasión, el movimiento de desplazamiento operado llevaría desde el racismo biologicista hacia el racismo cultural en las expresiones más cercanas a la ultraderecha tradicional que parecen prosperar en el este de Europa; o bien hacia un racismo de corte malthusiano relacionado directamente con argumentos izquierdistas ideológicamente distorsionados acerca de la «escasez», el mercado de trabajo y la crítica al Estado de bienestar europeo. Aunque es importante hacer notar que estos son tipos ideales y que las derechas populistas continentales están más orientadas a los problemas del mercado de trabajo, estas pueden utilizar también argumentos plenamente culturalistas. Es el caso de la lectura demográfica sobre las dificultades de los sistemas de pensiones, o del envejecimiento a ojos vista de las pirámides de población de estos países. Estos argumentos corresponden con un natalismo de nuevo cuño que enfatiza la necesidad del fomento de la natalidad en las familias nativas frente a la entrada de migrantes. Un punto este que, de paso, vuelve a introducir un discurso propiamente patriarcal de tensionamiento y sujeción de las mujeres como medio de producción de la fuerza de trabajo.

En el primer caso, el sesgo culturalista/eticista pone el foco en la pérdida de los «valores europeos» que supone la llegada de migrantes al continente. Esos supuestos valores esenciales (familia, religión, etc.) se oponen fundamentalmente a las sociedades multiculturales. En este sentido, se explica por sí mismo que hayan tenido mucho más éxito en aquellas sociedades europeas que siguen siendo abrumadoramente blancas, blandiendo el fantasma del miedo a la otredad. Los países del grupo de

Visegrado (Hungria, República Checa, Eslovaquia y Polonia), las reservas blancas de la periferia europea, son los que llevan la batuta de este tipo de racismo. Tampoco debe escaparse que siendo el lugar de estos países en la división europea del trabajo fundamentalmente el de la provisión de fuerza de trabajo para las operaciones de deslocalización económica internas a la UE, este discurso redundante en la generación de ventajas comparativas de estos territorios frente a los territorios del Sur global especializados también en la provisión de fuerza de trabajo.

En los países que ya no son solo blancos, algunos desde hace varias décadas y otros más recientemente, y que forman el núcleo de la Unión, el discurso de estas nuevas derechas populistas es otro y está directamente relacionado con el mercado de trabajo. Por tanto, al menos en apariencia, el discurso está menos mistificado que las ensañaciones culturalistas de los países al otro lado del antiguo telón de acero. En estos casos, se recicla un discurso malthusiano de la escasez, como resultado de la superpoblación relativa, que como se ha sostenido más arriba, es consecuencia directa de la forma de la crisis económica y política en los países centrales de la UE y de la ausencia de momentos de impugnación de masas del poder financiero continental como el 15M o Plaza Sintagma. Por supuesto, este planteamiento de la superpoblación relativa afecta a los pobres o a los segmentos en desclasamiento, los lugares en los que la brutal desigualdad de recursos y las políticas de austeridad logran concentrar la competencia por los escasísimos recursos que, efectivamente, quedan socializados en forma de salarios directos o indirectos tras las abrumadoras operaciones de captación de riqueza de las finanzas. Es la pelea por las migajas del modelo de acumulación la que constituye el discurso social de los nuevos populismos reaccionarios europeos.

En este punto hay una ruptura visible con los modelos neoliberales atlánticos y neocon. No en el sentido que sostienen los apologistas de izquierdas de este modelo de segmentación de la fuerza de trabajo, siempre felices de culpar a las políticas «globalistas» por querer la entrada masiva de migrantes a fin de rebajar los salarios de los trabajadores nativos. Nada menos que los George Soros del mundo estarían detrás del flujo continuo de migrantes a través del Mediterráneo y cada barco o patera

interceptada y rechazada sería un golpe al hígado de esos mismos George Soros. Estos sectores rojipardos, comparsas de los gobiernos y de los partidos de la nueva derecha populista, llegan incluso a utilizar el muy marxista término «ejército laboral de reserva», en el muy poco marxista sentido de procurar la perpetuación de su existencia como instancia de ruptura de la fuerza de trabajo frente a su eliminación por la igualación de derechos de todos los trabajadores independientemente de su origen y color de piel. La circunstancia que separa definitivamente estos movimientos de las derechizaciones con un origen liberal más o menos distorsionado tiene que ver con la recuperación de una visión del Estado corporativo o estamental. Esta daría preferencia a los trabajadores nativos frente a los migrantes, un elemento recuperado de los primeros fascismos pero también de las tradiciones conservadoras autoritarias continentales. En el marco neoliberal se rechaza, al menos discursivamente, la intervención del Estado para favorecer a trabajador alguno en tanto se rechazan las grandes categorías colectivas y se pone énfasis en una meritocracia estrictamente individual, sancionada únicamente por el mercado donde es responsabilidad única del pobre o del relegado estar en una situación de pobreza o relegación.

Aquí es importante remarcar las diferencias entre el neoliberalismo realmente existente y su vulgata ideológica. El discurso de la responsabilización del pobre ha servido sobre todo en los contextos anglosajones para, en un doble movimiento, estigmatizar a los perceptores de ayudas públicas —en el caso estadounidense mayoritariamente afroamericanos— y lanzar una ofensiva securitaria correlativa que logró un crecimiento absolutamente meteórico de la población encarcelada —muy especialmente afroamericana—. Este modelo se traspasó a Europa continental con pocas variaciones, singularmente en lo que se refiere a la psicosis securitaria. Pero es absolutamente delirante plantear que el neoliberalismo «globalista» haya, contra toda evidencia, dejado las fronteras abiertas de par en par con el oculto fin de inundar los mercados laborales europeos de migrantes extracomunitarios lanzados al *dumping* laboral para perjudicar a los trabajadores blancos nativos. Un repaso somero a las políticas migratorias de la Unión Europea o los gobiernos de Obama y Clinton debería dejar claro que no son en esencia diferentes de las de un Trump o un Salvini. La diferencia reside en la

capitalización política explícita de estas mismas políticas frente a la hipocresía socialdemócrata y demócratacristiana que cierra las fronteras y pacta con los distintos sátrapas del otro lado del Mediterráneo, siendo responsable de la muerte de cientos de miles de personas en tránsito hacia Europa, al tiempo que mantiene un discurso de universalidad de los derechos y las intervenciones humanitarias.

En última instancia, el fin de las políticas migratorias europeas no deja de ser el mismo que el de las nuevas derechas populistas. Ambos saben perfectamente que el flujo de migrantes no va a descender por muy autoritario que sea el régimen de fronteras. Pero también saben que una frontera formalmente cerrada a migrantes o refugiados supone un estigma casi irreversible para quienes la atraviesan, lo que dificulta enormemente sus reivindicaciones de plena ciudadanía y derechos iguales a los nativos. Como históricamente no ha dejado de demostrarse, este régimen redundante en peores condiciones salariales y sociales, indirectamente destruye las posiciones de los obreros nativos mediante la competencia salarial en el mercado de trabajo. Estos últimos, si quieren una mejora de sus condiciones materiales de vida no tienen más remedio que abandonar las ensoñaciones nativistas y empezar a pensar en una alianza con los trabajadores migrantes de primera, segunda y tercera generación —estos dos últimos solo mantenidos políticamente en la condición de migrantes mediante la estigmatización racial— que facilite una nueva oleada de luchas de clases sin el recurso a la segmentación del mercado de trabajo. Tal segmentación no es más que el viejo *divide et impera* que el poder capitalista ha utilizado históricamente para vencer a la clase trabajadora organizada en formas dependientes del Estado nación.

De la guerra cultural permanente a las políticas de una nueva clase diversa y plural

Como se podrá ver a lo largo de las páginas de este libro, nos enfrentamos a una ola reactiva global difícilmente calificable bajo un solo término o taxonomía, en gran medida porque nos encontramos ante un fenómeno aún en mutación, y solo abordable como una recolección de posiciones y síntomas más o menos comunes a distintos contextos sociales y territoriales. Estas expresiones

son cambiantes, en gran medida, porque forman parte de una lucha en curso que tiene como mar de fondo la larga crisis del capitalismo financiarizado. Desde sus orígenes en el desenganche del dólar del patrón oro en 1973, el control de las finanzas bajo el mando hegemónico de Estados Unidos no ha generado ningún modelo de sociedad viable más allá de la rapiña financiera. Este modelo de primacía del capital-dinero sobre el capital productivo no ha logrado, ni siquiera superficialmente solucionar el problema de sobrecapacidad productiva mundial que se manifestó con toda su virulencia en la crisis de los años setenta. Las burbujas tecnológicas e inmobiliarias basadas en el crédito fácil y masivo, que tan bien conocemos en el Estado español, supusieron durante algunos años la ilusión de un nuevo ciclo de crecimiento global. La crisis de 2007 destrozó tal espejismo y devolvió el capitalismo global a sus atolladeros históricos del exceso de capacidad productiva y la caída secular de la tasa de beneficio.

En términos políticos la erosión económica permanente ha supuesto la destrucción progresiva de eso que los politólogos vinieron a llamar el centro político y que, en gran medida, venía a coincidir con la gran clase media fordista. Este gran estrato social central tenía como forma constituyente el rechazo del conflicto de clases como expresión de seguridad económica actual y proyectada, y sobre ella se encabalgó la estabilidad política de las sociedades capitalistas occidentales hasta su crisis en las últimas décadas. La decadencia de la clase media tuvo también su momento de visibilización en la crisis de 2007 y sus posteriores sacudidas en la zona euro. La desaparición progresiva de la clase media, el centro político y, con ella, el encaje legitimador del Estado de posguerra ha tenido como consecuencia una gigantesca crisis de la representación política, que para pánico de los comentaristas políticos *mainstream* amenaza una y otra vez con romper los partidos políticos tradicionales. Los partidos, patas del Estado y constructores discursivos del campo de las diferencias políticas legítimas en el que han operado los grandes medios de comunicación, están en franca crisis. En esta fase de la larga crisis en la que nos encontramos existe una separación ya abismal entre los mecanismos de la representación, medios de masas y partidos políticos, y las políticas de lo cotidiano con sus fuertes bolsas de malestar social que son

el reloj de arena que mide el tiempo, ya de prestado que viven los partidos de Estado tradicionales.

En su lugar hemos visto como las dos grandes oleadas de renovación de las derechas globales, primero los neocon y ahora las nuevas derechas populistas, han hecho un uso extraordinariamente eficiente de mecanismos como los pequeños medios en Internet o el marketing político. A partir de la extensión al infinito de su terreno de lucha preferido, las guerras culturales, han emprendido políticas de gestos que definen los campos de «lo facha» y «lo progre» sin apenas coste material en relación con su pegada publicitaria. Los propios liderazgos han cambiado completamente desde la irrupción de pioneros como Berlusconi que sustituían los aparatos de partido por una relación afectiva y emocional con el electorado mediada por los medios de comunicación y las encuestas electorales. Como hemos visto en el Estado español, esto dista mucho de ser patrimonio de las nuevas derechas. La así llamada nueva política que orbitaba en torno a Podemos y las candidaturas municipalistas ha crecido tan rápido como se ha desplomado a los pies del *establishment* debido al uso de estos hiperliderazgos destinados al giro oportunista permanente. Como bien ilustra el caso de Podemos y su constelación, o del otro lado, Ciudadanos, la caída de estas formas es tan fulminante como su ascenso.

En este sentido, las nuevas derechas populistas son tan frágiles como las que más; comparten con partidos como Podemos la renuncia total a la construcción de organizaciones políticas estables que puedan suponer una sujeción de sus figuras mediáticas. Dependen de golpes de viento favorables en las esferas comunicativas. Todo ello las diferencia enormemente de los fascismos clásicos, lo que debería de suponer una ventaja para los movimientos transformadores y de emancipación en su lucha contra la extensión al cuerpo social de la dinámica segregadora, racista, heteronormativa y patriarcal de los nuevos populismos de derechas. Como bien se demostró en los años posteriores al 15M, al «neofascismo» se lo combate parando desahucios, defendiendo los derechos de las camareras de piso o las trabajadoras domésticas, defendiendo la propiedad pública ante los recortes o en las masivas manifestaciones del 8 de marzo. Expresiones todas ellas que aúnan el contenido material, la multiplicidad de identidades inherente a la nueva clase trabajadora y la presencia en el territorio.

Los sistemas de representación en decadencia son el mejor aliado del crecimiento de estos nuevos populismos de derechas, monstruosos en el sentido gramsciano, el de las formas políticas que crecen en ese claroscuro en el que lo nuevo no termina de nacer y lo viejo no termina de morir. Las versiones cada vez más autoparódicas de la cantinela «que viene el fascismo, votad al PSOE», incluyendo la versión amplia del PSOE —el universo entero de lo progre que ha abrazado sin vuelta atrás la nueva política— nos alejan del verdadero combate contra la reacción en la medida en que integran en el modelo de la representación en crisis las fuerzas de transformación social, que son las únicas que pueden vencer el neofascismo. Desde Trump a Salvini, pasando por Boris Johnson, todas las figuras políticas de la reacción se han podido presentar como *outsiders* al sistema, simplemente porque las izquierdas han sido absorbidas plenamente por las instituciones políticas y en ese movimiento han dejado libre el carril de lo ajeno al *mainstream* político y mediático por el que se ha colado el oportunismo de derechas.

No hay mayor prioridad política que evitar la extensión de una deriva autoritaria de reafirmación de los valores dominantes conservadores en lo social. Pero para empezar a dar esa batalla es necesario liberarse definitivamente de las mediaciones que, una y otra vez, nos chantajejan con «la llegada del fascismo» y de las delegaciones en forma de voto y acatamiento de la política de gestos en las guerras culturales como toda forma de conflicto posible. Los bloques de izquierdas o progresistas para «parar a la derecha y al fascismo» son la condición de posibilidad de la reproducción del poder social de la reacción. En su lugar, hay que plantear la recuperación del territorio mediante formas organizativas nuevas que partan de la multiplicidad de posiciones étnicas, ecológicas, de género, sexuales, religiosas, de edad como la verdadera riqueza revolucionaria de clase hoy; y no como un lastre para la reconstrucción de una clase obrera imaginaria que solo puede existir en la mente de los comentaristas de izquierdas. La clase revolucionaria, la que vencerá al nuevo fascismo y terminará con la dominación financiera, solo puede ser una alianza de los diferentes para sacudirse el yugo de la dominación y la explotación.

